

# **PARA UNA ESTÉTICA DEL ACONTECIMIENTO. EL ACONTECIMIENTO COMO FORMA ESPACIAL Y EL CONFLICTO COMO FORMA ESTÉTICA**

Juan Luís Toboso\*

Hoy en día todos entendemos, con cierta facilidad, que las prácticas artísticas se han venido configurado a lo largo de finales del Siglo XX y en los inicios de este siglo XXI bajo una perspectiva cada vez menos física, en sus aspectos formales, y han seguido el camino hacia una experiencia casi desfigurada donde la capacidad del autor para crear formas de interpretación de la vida, ha capacitado la elaboración de una frontera. Una frontera como campo de acción, es decir, como un espacio de relaciones y un lugar donde nace el conocimiento a través de esta propia relación con el otro que transita y habita del otro lado desde donde observamos. Una frontera esta tan configurada como difusa. Una frontera que es al mismo tiempo un estar “entre” las acciones, las ideas, las formas de representación, las instituciones, los artistas y el espectador como un elemento central de tales figuras y acontecimientos.

Una de nuestra principales preocupaciones es la de ver en qué modo se dan estas relaciones intrafronterizas y cómo podemos averiguar un intento de construcción espacial en el seno de una práctica comunitaria. Un espacio construido por elementos inmateriales a partir de la relación con “el otro”.

¿Podemos vivir sin “el otro”? ¿Cuáles son las posibilidades y los límites de una práctica artística de lo común?, ¿Podemos encontrar una forma o modo de hacer que, de manera transversal, nos sirva de paradigma para elaborar una teoría de estas formas de espacio construido y mediado a través del encuentro? , ¿Sirven estas teorías para descifrar estos códigos, o suponen apenas formas rígidas e intentos de capturar el presente del pensamiento contemporáneo?

---

\* Escola Superior Artística do Porto

Algunas respuestas a estas preguntas ciertamente están articuladas a partir de una visión más específica del concepto de “el encuentro” como forma espacial. Y ante todo del entendimiento del encuentro como espacio de estas prácticas y/o como lugar de “conflicto”.

En 1976, Roland Barthes, por invitación de Michel Foucault, inauguró un ciclo de conferencias dedicado a modelos utópicos de convivencia, con un seminario que después daría nombre a la publicación de un libro donde se recogen las diferentes conferencias impartidas en el Collège de France durante esa época. El título que daba nombre a la conferencia era ¿Cómo vivir juntos? 'En esta serie de conferencias que se desarrollaron a largo de varios meses, encontramos una sensación de negatividad sugerida al concepto de comunidad desde su forma original.

La idea subyacente de estas, bajo la búsqueda de una comunidad *idiorítmica*, o la posibilidad de existencia de una comunidad sin un “Telos” o sin causa, está asociada a la negatividad de su existencia, dado que se trataría de un propósito sin comienzo ni fin. Por ello, el principio organizador de estos encuentros es el deambular por diferentes conceptos sueltos, difíciles de clasificar, y que referencian la actitud negativa del autor conforme a la elaboración de un pensamiento unitario que aborde las cuestiones de la vida en comunidad.

En este modelo de organización conceptual, basada en la exposición tangencial de varios conceptos sin la elaboración de un discurso tradicionalmente narrativo, iremos a buscar la dificultad de fuga hacia una única línea formal posible de pensamiento que comprometa nuestra hipótesis y nos derive a visiones determinantes.

Pensar en las relaciones entre el “yo” y “el otro”, como si caminásemos nuevamente hacia la búsqueda de un binomio asentado en la base de una utopía social, forma parte de un modelo de entendimiento basado en el lenguaje y el cuerpo. Y es a partir de aquí, aceleramos hacia una investigación que toma su rumbo en la posibilidad de buscar un espacio mediado por el factor artístico como intersticio social.

Durante toda la vasta obra escrita de Barthes, encontramos referencias al lenguaje como el lugar mismo del acontecimiento social, ya sea ejerciendo su discurso mediante la palabra o mediante el uso de la literatura. Pero concretamente, y alusivo a este ciclo de conferencias en el Collège de France, al cual hacíamos referencia, nos abre una nueva visión de entender el lenguaje como

---

1. BARTHES, Roland (2003). *Cómo vivir juntos Simulaciones novelescas de algunos espacios cotidianos*. Buenos Aires: Ed. Siglo XXI

un acto de estado, donde “sostener el discurso” implica afirmarse mediante la palabra y el cuerpo. Y es a partir de estos supuestos, que vamos a abrir nuestro campo de investigación. Basado principalmente en estos dos conceptos ligados al discurso: palabra y cuerpo, vamos entonces a asociarlos a otro concepto fundamental en este binomio como es el acontecimiento, explorado ya por Barthes en este ciclo de conferencias y posteriormente literalmente devorado por Michel Foucault en su teoría sobre el acontecimiento en *El orden del discurso*<sup>2</sup>.

La necesidad del acontecimiento como forma espacial nos parece de gran importancia para lograr escapar del contexto individualista de la producción del pensamiento inmaterial, capaz de fluir, en libre tránsito, por la esfera de lo público como un proceso abierto. Cuerpo, palabra y acontecimiento parecen tres conceptos fundamentales para ir al encuentro de una hipótesis: la configuración del espacio entendido de manera subjetiva, la importancia del cuerpo como herramienta de acción en él y la creación de un espacio vinculado a la formación de un acontecimiento y conductor de esta nueva espacialidad. Una espacialidad esta, que se dibuja en el terreno del conflicto como modo de producción y donde el riesgo entre esta tensión puede resultar de vital importancia para el conocimiento de los sujetos.

En *Diálogo, riesgo y convivencia*<sup>3</sup>, un pequeño texto de Arjun Appadurai, se contemplan precisamente estos factores transversales a la práctica del diálogo como forma espacial. Appadurai argumenta que en toda forma de diálogo hay siempre un riesgo, un campo indeterminado donde jugar con el lenguaje como una forma de transacción arriesgada. Este riesgo y exposición de la fragilidad del sujeto, es aquello que nos conduce, por tanto, a considerar ciertas nociones de algún tipo de producción artística que busca crear espacios basados en dialéctica y la praxis del discurso.

Efectivamente, estas prácticas sugieren la organización de modelos tangenciales de comportamiento grupal y lo hacen bajo una actitud política. En cierto modo, el texto de Nicolas Bourriaud sobre lo relacional vendría a traer algunas ideas interesantes para pensar las formas del “hacer juntos”. Sin embargo, el carácter delimitador y sesgado del texto *La estética relacional*<sup>4</sup>,

---

2. FOUCAULT, Michel (1999). *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets

3. APPADURAI, Arjun (2009). Diálogo, Risco e Convivência. In *Podemos viver sem o outro; as possibilidades e os limites da interculturalidade*. Lisboa: Fundação Calouste Gulbenkian e Tinta da China, pp. 24-48

4. BOURRIAUD, Nicolas (2001). La estética relacional. In *Modos. de Hacer: Arte crítico, esfera pública y acción directa*. Salamanca: Universidad de Salamanca

se ha ido conformando, a lo largo de los últimos quince años, en un foco de debate crítico donde los argumentos de Nicolas Bourriaud han sido puestos en cuestión a partir de diferentes visiones tanto estéticas como políticas.

Una de las voces críticas que más han explorado la responsabilidad sobre la enunciación del concepto “Relacional” es la historiadora y crítica de arte Claire Bishop, y más concretamente en un artículo publicado en 2004 en la revista *October* con el título “Antagonism and Relational Aesthetics”<sup>5</sup>. Bishop considera que la propuesta de Bourriaud es, en cierto modo, escasa o insuficiente e incluso demasiado determinante atendiendo a estas situaciones apenas dentro de una idea de comunidad basada en el encuentro consensual y en la cordialidad inmanente. Estas situaciones de encuentro adquieren un matiz político que difícilmente resulta lógico comprender sin la introducción de la fricción o el conflicto como herramienta de confortamiento para la elaboración de una cualidad relacional. El conflicto, surge en los días de hoy como un elemento indispensable de trabajo en cuestiones directamente relacionadas con la participación en el sentido que la idea misma del conflicto ya no tendría lugar en las sociedades ensimismadas y/o en las concepciones de una vida común que tienda a buscar el consenso como finalidad a cualquier tipo de oposición. En este sentido, lo minoritario acabaría por someterse a la mayoría y creando un punto de vista perverso que condena lo disidente.

En el texto publicado por Miguel Benasayag y Angélique del Rey, titulado *Elogio del conflicto*<sup>6</sup>, encontramos algunas impresiones sobre la necesidad de retomar el conflicto como herramienta de construcción del deseo ante el riesgo de caer en el consenso como estado de confort e uniformización del discurso. Y por lo tanto de él se desprende la riqueza de diálogo y la calidad del encuentro que conforma un espacio de creación de conocimiento.

Pero volviendo a la crítica lanzada por Bishop para cuestionar la etiqueta de lo relacional en Bourriaud, su propuesta pasa por analizar si estas relaciones continúan siendo producidas apenas bajo un instinto formal y si la calidad que de ellas se desprende es evidentemente apenas un acto formal, analizando la necesidad de evaluar los aspectos políticos y éticos a través de cuestionar el tipo de relaciones resultantes de las obras consideradas por Bourriaud como “relacionales”. Y para ello utiliza el término “antagonismo”, en este caso recuperado de las ideas de los sociólogos Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, para

---

5. BISHOP, Claire (2004). Antagonism and Relational Aesthetics. *October*, 110, pp. 51-79

6. BENASAYAG, Miguel y DEL REY, Angélique (2012). *Elogio del Conflicto*. Madrid: Ed. Tierradenadie

evidenciar la necesidad de producir relaciones de conflicto, entendiendo la importancia de la existencia de cierto grado de tensión entre el imaginario utópico y los aspectos pragmáticos de la actividad social y artística.

Desde nuestro parecer, la utilización que hace Bishop de esta terminología y aplicada a la construcción de un espacio relacional con base en el término antagonismo, puede resultarnos imprecisa si queremos considerar al “otro”, como alguien que detenta un pensamiento diferente del nuestro y que, como tal, debe ser incluido en el proceso como parte de la construcción de estas situaciones y no como enemigo y por lo tanto vinculado a nociones de contrariedad y oposición. Nos parece, por lo tanto, de mayor exactitud, hablar del concepto de espacio al que nos referimos en términos relacionados con ambientes políticos o sociales “agonistas”, en referencia directa al pensamiento de Chantal Mouffe y a las ideas que se desprenden del texto *El retorno de lo político*<sup>7</sup>.

Dentro de este contexto político y social “agonista” están implícitas las diversas categorías del adversario, que es diferente a la figura de enemigo, con el cual se mantiene un intercambio constante marcado por el conflicto, y que sin embargo se reconoce en la coexistencia de diferentes proyectos políticos, condición indispensable para el ejercicio efectivo de una idea de democracia (llamada por Mouffe de “radical”) que sobrevuela estos proyectos. Dentro de esta perspectiva, entonces, se clarifica la idea de mantener relaciones de desafío con un adversario que posee una existencia legítima y no con un enemigo que se asocia a la idea de destrucción, y que se corresponde a un estilo puramente antagónico. Sólo en situaciones en las que los conflictos no pueden adoptar una forma agonista, entendida como una lucha entre adversarios, es que se adopta un modo de actitud antagónica, en donde el oponente es percibido como un agente nocivo.

En el campo de la materialidad artística, estas manifestaciones han provocado un continuo intercambio de ideas sobre las capacidades de la práctica artística como actos de comunicación y la articulación de formas específicas para la construcción de narrativas de representación del sujeto frente a la historia dominante y las narrativas de carácter absoluto.

Las prácticas artísticas que focalizan su ámbito de interés en la conciencia de la identidad, examinan las formas de representación personal desde una perspectiva fragmentaria, es decir, desde las relaciones personales y afectivas, hacia un juego de relaciones de poder donde intervienen el estatus social e

---

7. MOUFFE, Chantal (1999). *El retorno de lo político: Comunidad, Ciudadanía, Pluralismo, Democracia radical*. Barcelona: Paidós Ibérica

intelectual, las asignaciones de roles, la autobiografía, la belleza o el capital económico.

Las diversas acciones artísticas influenciadas por las teorías poscoloniales asociadas a la recuperación de un discurso político e histórico revisado, han sido fundamentales para entender esta situación de no conformidad y de construcción de un espacio a partir del conflicto con la narrativa histórica, elaborando una serie de propuestas que reflexionan en torno al propio concepto o definición de Historia y al carácter hegemónico de su relato como un único sentido posible de entender la realidad y el mundo. Proponen así, una reflexión sobre las diferentes posibilidades de entender una única narrativa universal, y local, desde una perspectiva que revisa la vigencia de los grandes relatos así como el peso que ésta ejerce sobre cuestiones vinculadas al presente.

Esta obsesión por analizar la narración de la historia universal, su carga emocional, su sistema representativo, la importancia del fragmento y de la transmisión por el medio como vía del mensaje, ha sido la preocupación de artistas e intelectuales desde la formulación de los presupuestos posmodernistas y tras la crisis de los enunciados utópicos del socialismo europeo. La necesidad de establecer encuentros como formas espaciales es una constante idea que preocupa a los agentes sociales y culturales en la contemporaneidad.

Durante demasiado tiempo hemos subestimado la capacidad transformadora del conflicto, esto es, hemos olvidado construir las posibilidades para la formación del deseo, no sólo en el campo de lo social, sino también en el seno de nuestra propia construcción como individuos, dejándonos así sorprender por la fuerza de la sensorialidad que deriva de las relaciones, a veces violentas, que establecemos con el mundo y con los otros.

Resulta entonces necesario pensar en la importancia de estos espacios inmateriales, configurados en la forma del encuentro como una serie de pequeños gestos, de acciones mínimas o de sutiles movimientos... espacios que nos orientan hacia el retorno a la naturaleza fundamental de las cosas imaginadas bajo el signo de la interdependencia. La construcción de estos imaginarios y sobre todo de nuevos cuerpos imaginados, instituye un nuevo territorio que aumenta y transforma el campo de lo social y de lo político. Y por tanto, intensificando las relaciones de contacto, afectividad, conflicto, proximidad y afecto como formas de resistencia vital, rebelándonos, al mismo tiempo, contra una idea de tiempo cerrado y obsoleto, es posible abrir nuestra subjetividad a nuevas formas político-estéticas.